

pero de noche podeis pasearos por la iglesia: mas no salgais de ella ni de noche ni de dia, porque os perderíais; os ahorcarían y yo moriria.

Levantó la gitana conmovida la cabeza para responder á Quasimodo, pero éste habia ya desaparecido. Volvió á encontrarse sola, pensando en las singulares palabras de aquel sér casi monstruoso, y asombrada del sonido de su voz, que era ronca y, sin embargo, dulce.

Despues examinó la celda, que era una estancia de unos seis piés cuadrados, que tenia una ventanilla y una puerta sobre el plano ligeramente inclinado del techo de piedra: muchas canales de figura de varios animales parecia que se inclinaban alrededor de ella y que extendian el cuello para verla por la ventana.

En el borde del techo veia la parte alta de mil chimeneas, coronadas de humo; triste espectáculo para la pobre gitana, sola en el mundo, condenada á muerte, desgraciada criatura sin patria, sin familia y sin hogar.

En el instante en que la idea de su aislamiento se le presentaba con tan tristes colores, sintió que una cabeza vellosa y barbuda se deslizaba entre sus manos y sobre sus rodillas. Se estremeció (porque ya todo la asustaba); miró y vió que era Djalí, la pobre cabra que se escapó detrás de ella, cuando Quasimodo dispersó la comitiva de Charmolne, que deseaba que la acariciase hacia ya mucho rato y que no habia podido obtener aun ni una mirada de su ama. La gitana la cubrió de besos.

—Pobre Djalí! exclamaba, ¡cómo he podido olvidarte, cuando tú siempre te acuerdas de mí!... ¡Tú al menos no eres ingrata!

Diciendo esto, como si una mano invisible hubiera levantado el peso que comprimia las lágrimas en su corazón despues de tanto tiempo, se puso á llorar, y á medida que fluían sus lágrimas, sentia que éstas se llevaban lo más acre y lo más amargo de su dolor.

Cuando llegó la noche, la encontró tan hermosa y le pareció la luna tan suave, que salió á dar una vuelta por la alta galería que rodea á la iglesia y se encontró aliviada. ¡Tan serena le pareció la tierra contemplada desde aquella altura!

III.

Sordo.

Al despertarse al dia siguiente por la mañana conoció que habia dormido y esto la asombró. ¡Hacia tanto tiempo que estaba acostumbrada á no dormir! Un rayo del sol naciente entraba por la ventanilla y le daba en el rostro; al mismo tiempo que vió el sol, vió tambien en la ventana un objeto que la aterró, la desgraciada figura de Quasimodo. Involuntariamente cerró los ojos, pero en vano; siempre creia estar viendo al través de sus rosados párpados aquel rostro de gnomo, tuerto y mellado. Conservaba aun cerrados los ojos cuando oyó una voz ruda que le decia con dulzura:

—No tengais miedo; yo soy amigo vuestro. Vine temprano por veros dormir. No os sabe mal que venga á veros dormir, no es verdad? ¿Qué os importa que esté aquí cuando teneis los ojos cerrados? Ahora ya voy á marcharme; ya estoy detrás de la pared, ya podeis abrir los ojos.

Más triste era el acento con que pronunció estas palabras, que las palabras mismas. Conmovida la gitana, abrió los ojos. Quasimodo ya no estaba en la ventana. Asomóse Esmeralda y vió al pobre jorobado pegado á un ángulo de la pared en actitud dolorosa y resignada. La jóven hizo un esfuerzo para vencer la repugnancia que su salvador la inspiraba y le dijo con dulzura:—Venid.—Al ver que ésta movia los labios, creyó Quasimodo que le arrojaba de allí y se marchó cojeando, con lentitud y con la cabeza cacha, sin atreverse á fijar en la jóven la mirada, llena de desesperacion.

—Venid, le dijo otra vez.—Pero él continuó alejándose. Entonces salió la gitana de la celda, se llegó hasta él y le cogió por el brazo. Al sentir este contacto, Quasimodo sintió temblar todos sus miembros. Levantó el ojo suplicante y, al ver que ella se lo atraía, su fisonomia adquirió la expresion de la alegría y de la ternura: quiso la gitana que entrase en la celda, pero él se obstinó en permanecer en el dintel.—No, no, la contestó; el buho no debe entrar en el nido de la alondra.

Sentóse Esmeralda graciosamente sobre el colchon y la cabra se echó á dormir á sus piés. Ambos quedaron inmóviles algunos instantes contemplando en silencio, él tanta gracia y ella tanta

fealdad. Cada momento descubria la gitana en Quasimodo una nueva deformidad; al pasear las miradas desde las rodillas zambas hasta la espalda jorobada y desde ésta hasta el ojo único, no comprendia que pudiese existir un sér tan contrahecho; pero como sobre aquella deformidad se esparcian tanta tristeza y tanta dulzura, empezaba ya á acostumbrarse á ella.

Quasimodo rompió el silencio, preguntando:

—Me estábais diciendo que volviera?

Esmeralda le hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Lo preguntaba porque soy... sordo, dijo el jorobado.

—Pobrecillo! exclamó la gitana con acento de sincera compasion.

Quasimodo se sonrió con tristeza.

—¿No es cierto que eso solo me faltaba? Soy sordo, soy horrible, ¿no es verdad?... y vos sois... tan hermosa!...

Revelaba el acento del jorobado un sentimiento tan profundo de su desgracia, que la jóven no tuvo valor para decirle ni una sola palabra, aunque él tampoco la hubiera oido.

—Nunca me ha chocado mi fealdad como ahora que me comparo con vos, prosiguió diciendo Quasimodo. ¡Debo pareceros un monstruo! Vos sois el rayo de sol, la gota de rocío, el canto de un pájaro; yo soy algo horrible, ni hombre ni animal, un no sé qué sin nombre.

Quasimodo hizo una pausa, riéndose con risa que desgarraba el corazón. Despues continuó:

—Soy sordo, pero me hablareis por medio de gestos ó de señas; mi amo me habla así siempre; además, que conoceré muy pronto vuestros deseos en las miradas y en el movimiento de los labios.

—Pues bien, le dijo ella sonriendo, por qué me habeis salvado? Y al mismo tiempo le miraba con fijeza.

—Lo he comprendido, le respondió el jorobado. Me preguntais por qué os he salvado. Os habeis olvidado de un miserable que intentó robaros una noche, de un miserable á quien al dia siguiente socorristeis en la infame picota. La gota de agua y la compasion que tuvisteis de mí no las pago ni con la vida. Habeis olvidado á ese miserable, pero él se acordaba de vos.

La gitana escuchaba á Quasimodo con profundo enternecimiento; brilló una lágrima en el ojo del campanero, pero no

cayó; le pareció sin duda que era honroso para él el devorarla.

—Escuchad, añadió cuando ya no temió que se le escapase aquella lágrima; aquí tenemos dos torres muy altas; el hombre que se tirase de ellas moriria antes de llegar al suelo; cuando querais que yo me precipite desde esas alturas, no teneis siquiera que pronunciar una palabra; con una mirada vuestra me bastará.

Entonces Quasimodo se puso en pié para marcharse. Aquel sér extraordinario, á pesar de las desdichas de la gitana, despertaba aun en ella la compasion, y le hizo señal de que se quedase.

—No, no, contestó, no debo permanecer aquí mucho tiempo. No me encuentro bien cuando me mirais; solo por conmiseracion no apartais los ojos de mí. Voy á otra parte donde podré veros sin que me veais. Eso es lo mejor.

Sacó del bolsillo un silbato de metal y la dijo:

—Tomad; cuando me necesiteis, cuando querais que yo venga, cuando no os inspire demasiado horror el verme, silbad, que yo oigo ese sonido.

Dejó el silbato en el suelo y se fué.

IV.

Aroilla y cristal.

Los dias iban transcurriendo y poco á poco renacia la serenidad en el alma de Esmeralda. El exceso del dolor, como el exceso del placer, son violentos y duran poco. El corazón del hombre no puede permanecer mucho tiempo en ninguna de esas dos extremidades. La gitana habia sufrido tanto, que ya solo la quedaba el asombro de lo que habia padecido.

Al verse segura recobró la esperanza. Estaba fuera de la sociedad, fuera de la vida; pero comprendia con vaguedad que quizás no le sería imposible volver á entrar en ellas: era como una muerta que tuviese de reserva una llave de su tumba.

Veia que huían de ella poco á poco las imágenes terribles que tanto tiempo la persiguieron. Los fantasmas repugnantes de Pierrat Torterne y Jaime Charmolne se borraban de su imaginacion; hasta se olvidaba del mismo sacerdote.

Además, estaba segura de que Febo vivia, porque ella le habia visto, y su vida era todo para ella. Despues de la serie de sacudidas fatales que todo lo

habia destruido en ella, solo encontraba de pié en su alma un sentimiento: el amor que profesaba al capitán; porque el amor es como un árbol; crece por sí solo, hunde profundamente sus raíces en todo nuestro ser, y muchas veces sobrevive verde y lozano en un corazón hecho ruinas; y es lo más inexplicable que la pasión es más tenaz cuanto es más ciega, y nunca es más sólida que cuando no tiene razón de ser.

Cierto es que Esmeralda pensaba con tristeza en el capitán; cierto es que creía á veces que él fuese engañado y que creyese que ella habia sido la asesina, que le diera puñalada mortal la mujer que era capaz de sacrificar mil vidas por él. Pero si esto creía Febo, era disculpable; ella no confesó su crimen? ¿No fué débil mujer y la hizo declarar el martirio del tormento? Ella, pues, tenia la culpa, porque debió antes dejarse arrancar las uñas que semejante falsa confesion. Pero si al fin conseguia ver á Febo una sola vez, un solo minuto, seria suficiente una palabra suya para desengañarle y para atraérselo; así al menos lo creía. Aturdíanla además otros sucesos: la casualidad de la presencia de Febo el día de la pública retractación al lado de aquella hermosa jóven, que era sin duda su hermana; explicación infundada que ella se daba á sí misma, pero que la satisfacía, porque tenia necesidad de creer que Febo la amaba y que éste no queria á nadie más que á ella. No se lo juró? ¿Qué más necesitaba la infeliz, siendo tan cándida y tan crédula? Además, en este deplorable acontecimiento, las apariencias más la culpaban á ella que á él, y ella no perdía la esperanza de rehabilitarse á sus ojos.

Añádase á todo esto que la iglesia, la vasta Catedral que la envolvía por todas partes, que la protegía y que la salvaba, era para ella un soberano calmante. Las líneas solemnes de su arquitectura, la actitud religiosa de los objetos que rodeaban á Esmeralda, los pensamientos piadosos y tranquilos que transpiraban, por decirlo así, de todos los poros de aquellas piedras, ejercían sobre ella poderoso influjo. El edificio tenia además ecos tan llenos de religión y de majestad, que aplacaban como un bálsamo los dolores de su alma enferma. El canto monótono de los oficiantes, las respuestas del pueblo á los sacerdotes, ora inarticuladas, ora tonantes; el armonioso temblor de las pintadas vidrieras, el

órgano resonando como cien trompetas, los tres campanarios zumbando como tres colmenas de colosales abejas, toda aquella orquesta sobre la cual saltaba una escala gigantesca que subía y bajaba sin cesar del gentío hasta el campanario, ensordecía su memoria, su imaginación y su dolor. Las campanas, sobre todo, la conmovían; estos vastos instrumentos derramaban en ella las oleadas de una especie de magnetismo.

Cada nuevo sol que nacia estaba más serena, menos pálida y respiraba mejor. A medida que se cerraban sus llagas interiores, volvían á florecer en su semblante la gracia y la hermosura, pero más serias, más reposadas. Volvía á adquirir su antiguo carácter, parte de su alegría, el gracioso mohín, el cariño á la cabra, la afición á cantar y el pudor. Se vestía por las mañanas en el ángulo de la celda para que no la pudiese ver por la ventana algun habitante de las buhardillas próximas.

Cuando el recuerdo de Febo la dejaba tiempo, pensaba Esmeralda algunas veces en Quasimodo; él era el único lazo, la única relación, la única comunicación que le quedaba con los hombres, con los vivos. La desdichada estaba aun más separada del mundo que Quasimodo. No sabia qué pensar del extraño amigo que la deparó la casualidad. Muchas veces se reprochaba que la gratitud no bastase para hacerla cerrar los ojos; pero la era imposible acostumbrarse al pobre campanero: era demasiado feo.

Dejó en el suelo el silbato que la entregó Quasimodo; pero esto no impidió que el pobre sordo se presentase algunas veces en la celda durante los primeros días. Hacia la gitana los mayores esfuerzos para no apartar los ojos con repugnancia cuando la traía la cesta de las provisiones y el cántaro del agua, pero él notaba el menor movimiento que la indicara y entonces se iba muy triste.

Llegó una vez en el instante en que Esmeralda acariciaba á Djalí. Permaneció algunos momentos pensativo ante el gracioso grupo que ofrecían la gitana y la cabra, y al fin dijo, sacudiendo la pesada y monstruosa cabeza:

—Mi desgracia consiste en parecerme demasiado al hombre; quisiera ser animal como esa cabra.

Fijó en él la gitana los ojos asombrados, á lo que Quasimodo respondió:

—Oh! yo bien sé por qué; y se marchó.

Otra vez se presentó á la puerta de la celda (no entraba nunca) en el momen-

to en que Esmeralda cantaba una antigua balada española, de la que ella no comprendía la letra, pero cuya música no olvidaba, porque las gitanas, cantándola, la mecieron en la cuna. A la vista del monstruo, que la sorprendió cuando entonaba la canción, la jóven la interrumpió, haciendo involuntario gesto de espanto. El desdichado campanero cayó de rodillas en el umbral de la puerta, y con aire suplicante, juntando las descomunales manos, la dijo dolorosamente:

—Os ruego que continueis y que no me hagais salir.

Ella no quiso afigirle más, y trémula prosiguió cantando; su espanto se disipó poco á poco, y acabó por entregarse por completo á la impresión del aire melancólico y suave que cantaba. Quasimodo permanecía de rodillas, con las manos cruzadas, en éxtasis, atento, respirando apenas, fija la vista en las brillantes pupilas de la gitana, como si oyese la canción por sus ojos.

En otra ocasión llegóse hasta ella el campanero y la dijo, indeciso y tímido:

—Escuchadme; tengo que deciros una cosa.

La gitana le hizo señal de que le escuchaba, y entonces Quasimodo empezó á suspirar, entreabrió los labios, pareció que iba á hablar, pero hizo con la cabeza un movimiento negativo y se retiró con lentitud, con la mano apoyada en la frente y dejando estupefacta á la gitana.

Entre los personajes grotescos, esculpidos en la pared, habia uno al que Quasimodo profesaba afecto especial y con el que solía con frecuencia cambiar miradas fraternales. Una vez oyó la gitana que le decía:

—Quisiera ser de piedra como tú.

Una mañana se adelantó Esmeralda hasta el borde del techo y estaba mirando á la plaza por encima de la aguda techumbre de Saint-Jean-le-Rond. Quasimodo estaba también allí detrás de ella, colocándose así por su propia voluntad, con el objeto de evitarla lo posible el disgusto de que ella le viese. De pronto estremecióse la gitana: un rayo de alegría y una lágrima brillaron á la par en sus ojos; se arrodilló en el borde del techo y extendió los brazos con angustia hácia la plaza, gritando:

—Febo! ven! ven! ¡una palabra, una sola palabra por el amor de Dios! Febo! Febo!—Su voz, su gesto, toda su persona tenían la expresión desgarradora del naufrago que llama con desesperación

al hermoso buque que pasa á lo lejos. Quasimodo se inclinó hácia la plaza y vió que el objeto de aquella tierna y delirante súplica era un jóven, un capitán, un gallardo ginete, reluciente de armas y de adornos, que pasaba caracoleando por el centro de la plaza y saludaba con su penacho á una hermosa dama que estaba asomada á un balcón y se sonreía; pero el oficial no oía á la infeliz que le llamaba; estaba demasiado lejos.

Pero, sin embargo, el sordo la oía. Profundo suspiro agitó el pecho de Quasimodo y tuvo que apartar la cara; su corazón estaba lleno de las lágrimas que devoraba; chocó contra la cabeza los dos puños convulsivos, y cuando los retiró, tenia en cada uno un puñado de cabellos rojos.

La gitana no le hacia ningun caso; él decia en voz baja y rechinando los dientes:

—Condenación! Así hay que ser! ¡Basta ser hermoso por fuera.

Entre tanto la gitana continuaba arrodillada y repetía con extraordinaria agitación:

—Ahora se apea del caballo! ¡Vá á entrar en aquella casa!—Febo! ¡No me oye!—Febo!... ¡Qué mala es esa mujer que le habla al mismo tiempo que yo!—Febo! Febo!

El sordo la miraba y comprendía esa pantomima. El ojo del pobre campanero se llenaba de lágrimas, pero no dejaba caer ninguna. De repente tiró á Esmeralda de la manga. Volvióse ésta y él la dijo con serenidad:

—Queréis que vaya á buscarle?

Lanzó ella un grito de alegría y exclamó:

—Oh, sí! corre! corre! ¡tráeme al capitán! Tráemelo y yo te amaré!... Diciendo esto abrazaba las rodillas de Quasimodo, y éste, sacudiendo la cabeza, dijo con voz apagada:

—Voy á traerle. Luego volvió la cara y, ahogado por los sollozos, salió corriendo á la escalera.

Cuando llegó á la plaza ya solo vió el gentil caballo atado á la puerta de la casa Goudelaurier: el capitán acababa de entrar allí.

Levantó la vista hácia el techo de la iglesia y vió á Esmeralda que continuaba en el mismo sitio y en la misma actitud. La hizo triste señal con la cabeza; despues se apoyó en uno de los poyos del portal Goudelaurier y determinó esperarse á que saliera el capitán.

Era en dicha casa uno de los días de

gala que preceden á las bodas. Quasimodo vió entrar mucha gente, pero no vió salir á nadie. De vez en cuando miraba hácia el techo y la gitana continuaba inmóvil como él. Llegó un palafrenero, desató el caballo y se lo llevó á la cuadra de la casa.

Así se pasó todo el día: Quasimodo apoyado en una esquina, Esmeralda en el techo de la iglesia y Febo acaso á los piés de Flor de Lis.

Por fin llegó la noche, noche oscura, sin luna. En vano fijaba ya Quasimodo su ojo único en Esmeralda; solo veía un punto blanco y luego nada; todo se borró, todo era negro.

Quasimodo vió que se iluminaban de arriba á bajo todas las ventanas de la casa Goudelaurier; vió iluminarse una tras otra todas las demás ventanas de la plaza; viólas también apagarse hasta la última, porque permaneció apostado allí toda la noche. Pero el capitán no salía. Cuando ya nadie transcurría por la plaza, cuando se apagaron todas las luces de las ventanas, quedó Quasimodo enteramente solo y en la oscuridad; entonces no había iluminación en el átrio de Nuestra Señora.

Sin embargo, las ventanas de la casa Goudelaurier permanecieron alumbradas despues de las doce de la noche. Quasimodo, inmóvil y atento, veía pasar por detrás de los vidrios de colores multitud de sombras vivas, que se movían y bailaban. Si no hubiese sido sordo, á medida que se iba apagando el rumor de París hubiese oído cada vez con más claridad en el interior de aquella casa ruido de fiesta, de risas y de música.

Hácia la una de la mañana los convidados empezaron á retirarse. Quasimodo, en la oscuridad, los veía pasar á todos bajo el portal iluminado por antorchas; pero ninguno de ellos era el capitán.

Llena estaba el alma de Quasimodo de tristes pensamientos, y miraba muchas veces al aire, como hace el que se fastidia. Grandes nubes negras, pesadas, hendidas y agujereadas, pendían, como hamacas de crespon, de la estrellada cúpula de la noche, como si fuesen las telarañas de la bóveda del cielo.

Quasimodo vió que se abrían de repente misteriosamente las puertas vidrieras del balcon, cuya balaustrada de piedra se recortaba por encima de su cabeza. Dicha puerta abrió paso á dos personas, detrás de las que se cerró pausadamente; aquellas personas eran un

hombre y una mujer. No sin dificultad reconoció Quasimodo, en el hombre al gallardo capitán y en la mujer á la hermosa dama que vió por la mañana dar la bienvenida al oficial desde lo alto del mismo balcon. Este estaba completamente oscuro y la doble colgadura carmesí, que cayó detrás de la puerta en el momento mismo en que se cerró, no dejaba llegar hasta el balcon la luz de la cámara.

El jóven y la doncella, segun el parecer del pobre sordo, que no oía ni una palabra de lo que hablaban, se entregaban á amorosísima conferencia. La jóven parecía haberle permitido al oficial ceñirle la cintura con el brazo y se resistía con suavidad á recibir un beso.

Presenciaba Quasimodo desde bajo aquella escena, tanto más digna de verse cuanto que no pasaba para ser vista, y contemplaba el desdichado aquella felicidad y aquella belleza con amargura. Al fin y al cabo no era muda la naturaleza en el pobre diablo, y su columna vertebral, torcida y contrahecha, no era por eso menos sensible que la de los demás hombres. Consideraba que la Providencia había sido muy injusta con él, porque veía pasar ante su vista las mujeres, el amor y el deleite, estando condenado á no gozar nunca y á asistir á la felicidad ajena. Pero lo que más le lastimaba del susodicho espectáculo, lo que mezclaba la indignación á su despecho, era el pensar lo que debía sufrir la gitana si lo estaba viendo. Verdad es que era noche muy oscura, y que si Esmeralda permanecía aun en el mismo sitio, éste estaba muy lejos y á lo más podía divisar la pareja del balcon. Esto le consolaba.

Entre tanto, la conversacion de los dos jóvenes era más animada cada vez. La dama parecía suplicar al oficial que no le pidiese nada más... De todo lo dicho solo distinguía Quasimodo las lindas manos juntas, las sonrisas mezcladas con lágrimas, los ojos de la jóven levantados hácia las estrellas y los ojos del capitán ardientemente clavados en su prometida.

Por fortuna para la jóven, que empezaba á luchar débilmente, la puerta del balcon se abrió de pronto y apareció en él una anciana; la hermosa se quedó turbada, el oficial despechado, y los tres volvieron á entrar en las habitaciones.

Un momento despues, un caballo piafó en el portal, y el capitán, embozado en su capa de noche, pasó rápidamente por delante de Quasimodo. Dejóle el

campanero doblar la esquina de la calle, y despues echó á correr tras él con su agilidad de mono, gritándole:

—Eh! capitán!

Febo se paró.

—Qué querrá de mí este tunante? exclamó al distinguir en la oscuridad aquella figura derrengada que corría hácia él cojeando.

Entre tanto Quasimodo se acercó al capitán y cogió con impavidez las riendas del caballo.

—Seguidme, capitán, que aquí cerca una persona quiere hablaros.

—Rayos y truenos! refunfuñó Febo; ¡yo he visto en alguna parte á este ridículo pajarraco! A ver si sueltas las riendas del caballo.

—¿No me preguntais quién desea hablaros?

—Te digo que sueltas el caballo, repitió Febo impaciente. ¿Qué quiere este bellaco que se cuelga á la testera de mi rocín? Crees que es una horca?

Quasimodo, en vez de soltar las riendas del caballo, se disponía á hacerle dar la vuelta. No comprendiendo la resistencia del capitán, se apresuró á decirle:

—Venid, que os espera una mujer; y haciendo un esfuerzo, añadió: una mujer que os ama.

—¡Vaya un tunante que me cree obligado á ir á casa de las mujeres que me aman ó que me dicen que me aman. ¿Y si se te parece, cara de mochuelo? ¡Dí á la que te envía que me voy á casar y que se vaya al infierno!

—Escuchad, capitán, gritó Quasimodo, creyendo con una sola palabra vencer su vacilacion. Es la gitana que ya conoceis.

Estas palabras produjeron gran impresion al capitán, pero no la que Quasimodo esperaba. Se acordará el lector de que el galante oficial se retiró del balcon con Flor de Lis algunos momentos antes de que el jorobado salvase á Esmeralda de las manos de maese Charmolne. Desde entonces había tenido gran cuidado de no volver á hablar nunca en la casa Goudelaurier de dicha mujer, cuyo recuerdo le era penoso, y Flor de Lis se abstuvo de decirle que la gitana vivía. Febo, pues, la creía muerta hacia ya cerca de dos meses. Añádase á esto que al capitán le llamaba la atención, en medio de la oscuridad de la noche, la fealdad sobrenatural y la voz sepulcral del extraño mensajero, y pensó que la calle estaba entonces desierta como la noche que encontró al fantasma y

en que su caballo resoplaba al mirar á Quasimodo.

—La gitana! gritó aterrado; ¿vienes acaso del otro mundo?

Diciendo esto, el capitán llevó la mano á la empuñadura de la daga.

—Vamos! vamos! dijo el sordo forcejeando por detener el caballo; ¡vamos por aquí!

Febo le dió en el pecho un vigoroso puntapié; brotaron llamas del ojo de Quasimodo é hizo un movimiento para arrojar sobre el capitán; pero luego, refrescándose, exclamó:

—Dichoso sois en tener quien os ame!

Recalcó el sordo la palabra *quien*, y soltando las riendas del caballo, le dijo:

—Vete!

Febo le metió las espuelas y se alejó lanzando mil juramentos. Quasimodo le vió perderse en la oscuridad, y decia en voz baja el pobre sordo:—¡Rehusar lo que yo le proponía!

Volvió á Nuestra Señora, encendió su lámpara y subió á la torre. La gitana permanecía aun en el mismo sitio. Apenas le vió venir corrió hácia él.

—Solo!... exclamó, juntando dolorosamente sus blancas manos.

—No le he podido encontrar, dijo friamente Quasimodo.

—Debísteis haber esperado toda la noche, repuso ella enfurecida.

—Otra vez espiaré mejor, contestó el jorobado bajando la cabeza y viendo el ademán de cólera y de reconvencion de la gitana.

—Vete! exclamó ésta.

Quasimodo la obedeció. Esmeralda estaba descontenta de él, y éste prefería que le maltratase á afligirla; guardaba para él todo el dolor.

Desde ese día la gitana no volvió ya á ver al jorobado; éste cesó de ir á la celda. A veces entreveía en lo alto de una de las torres la cara del campanero melancólicamente fija en ella, pero en cuanto era visto desaparecía. Poco la afligia en verdad la ausencia de Quasimodo; al contrario, se alegraba en el fondo del alma, y él, respecto á esto, no se hacia ilusiones.

A pesar de no verle, sentía la presencia de un génio protector que velaba por ella; durante su sueño, una mano invisible renovaba las provisiones. Una mañana encontró en el alféizar de la ventana una jaula con pájaro. Había en la parte alta de la celda una escultura que asustaba á la gitana y se lo había confesado á Quasimodo. Al levantarse

aquella mañana la escultura habia desaparecido. Estaba hecha pedazos; el que trepó hasta ella debió arriesgar la vida.

Algunas veces oia una voz bajo el alero del campanario, que cantaba como para adormirla una cancion triste y extraña, con versos como puede hacerlos un sordo:

*No mires el rostro, niña;
niña, mira el corazon,
que hay mancebo gentil de faz deforme
y corazones donde no hay amor.*

*El pino no es hermoso
como el álamo lo es; mas éste pierde
su precioso ramaje en el invierno,
y el pino lo conserva siempre verde.*

*El cuervo vuela de día,
el buho en la noche negra
alza el vuelo; pero el cisne
de día y de noche vuela.*

Una mañana al despertarse encontró en la ventana dos vasos llenos de flores; uno era de cristal hermoso y brillante, pero estaba rajado; se habia salido de él el agua que contenia y las flores estaban marchitas; el otro era una maceta de arcilla, basta y comun, pero que retenia toda el agua y cuyas flores se conservaban frescas y lozanas.

No sé si Esmeralda lo hizo intencionalmente; lo cierto es que cogió el ramo marchito y lo llevó en el pecho todo el día; aquel día no oyó cantar la voz de la torre.

Poco caso hizo de esto, porque pasaba los días acariciando á Djali, espionando la puerta de la casa Goudelaurier, pensando en Febo y desmigajando pan para las golondrinas.

Andando el tiempo dejó de ver y oír á Quasimodo. Parecia que el pobre campanero no estuviese ya en la iglesia. Sin embargo, una noche, que no dormia pensando en su gallardo capitán, oyó suspirar junto á su celda. Levantóse sobresaltada y vió á la luz de la luna una masa tendida al través delante de la puerta. Era Quasimodo que dormia allí sobre las piedras.

V.

La llave de la puerta Roja.

La voz pública hizo saber al arcediano el modo milagroso cómo la gitana se salvó; cuando recibió esta no-

ticia experimentó singular sensación. Habíase ya conformado con la muerte de Esmeralda y se habia tranquilizado despues de haber llegado al fondo posible del dolor. El corazon humano (Dom Claudio habia meditado sobre esto) solo puede contener cierta cantidad de desesperacion; cuando está bien empapada la esponja, el mar pasa por encima de ella sin hacerla recoger ni una gota más. Muerta Esmeralda, la esponja estaba empapada y todo habia concluido en el mundo ya para el arcediano; pero saber que ella vivia y Febo tambien, era para Dom Claudio volver á empezar las torturas, las sacudidas, las alternativas, la vida.

Cuando supo esta nueva se encerró en su celda del claustro y no volvió á presentarse ni en las conferencias particulares, ni en los oficios, cerrando á todos la puerta, hasta al obispo. Así permaneció muchas semanas y se le creyó enfermo; en efecto, lo estaba.

Por qué se encerraba? ¿Qué pensamientos le consumian? ¿Luchaba por última vez con su funesta pasión? ¿Combinaba el último plan de muerte para ella y de perdición para él?

Su hermano Juan, su niño mimado, fué una vez á la celda; llamó, porfió, juró, dijo su nombre diez veces, pero Dom Claudio no le abrió.

Pasaba días enteros pegado el rostro á los vidrios de su ventana; desde ésta veia la celda de Esmeralda; la veia con frecuencia con la cabra y algunas veces con Quasimodo. Observaba que la guardaba muchas atenciones el horrible sordo y que tenia modales delicados y sumisos con ella. Se acordaba, porque tenia buena memoria, y la memoria es el tormento de los celosos, se acordaba de la mirada extraña que el campanero dirigió á la gitana cierta tarde. Preguntábase qué motivo pudo tener Quasimodo para salvarla. Fué testigo de muchas escenas entre éste y la gitana, cuya pantomima, vista de lejos y comentada por su pasión, le pareció muy tierna. Desconfiaba de la singularidad de las mujeres y... sintió confusamente despertarse en él unos celos que nunca esperaba experimentar; unos celos que le ruborizaban de vergüenza y de indignación.—¡Tenerlos del capitán era natural; pero de Quasimodo!... Este pensamiento le enloquecía.

Pasaba noches horribles. Desde que supo que Esmeralda vivia, las frías ideas de espectro y de tumba, que le

persiguieron todo un día, se fueron desvaneciendo, y la carne volvió á punzarle otra vez. Revolcábase el miserable pensando que estaba tan cerca de él la hermosa jóven.

Cada noche su imaginación delirante le representaba á Esmeralda en las actitudes que más hicieron hervir la sangre de sus venas. La veia tendida junto al capitán, herido de muerte, con los ojos cerrados, con la hermosa garganta llena de la sangre de Febo en el momento feliz en que el arcediano imprimió sobre sus labios pálidos aquel beso, que la infeliz, aunque medio muerta, sintió que la quemaba. Veíala desnuda por las ásperas manos de los sayones, al dejar el pié descubierto, al encajonárselo en el borceguí con tornillos de hierro; veia su pierna fina y redonda, su ágil y blanca rodilla. Veíala, en fin, en camisa, con la cuerda al cuello, casi desnuda, como la contempló el último día; y esas imágenes voluptuosas le hacian crispas las manos y correr escalofríos á lo largo de sus vértebras.

Una noche, entre otras, estas voluptuosas imágenes inflamaron tan cruelmente la sangre de sus arterias, que mordió la almohada, echóse fuera de la cama, púsose una sobrepelliz sobre la camisa y salió de la celda, con la lámpara en la mano, medio desnudo, delirante, despidiendo fuego por los ojos.

Sabia dónde habia de encontrar la llave de la puerta Roja que comunicaba el claustro con la iglesia, y siempre llevaba consigo, como ya dijimos, una llave de las escaleras de las torres.

VI.

Continuación de la llave de la puerta Roja.

Aquella noche se durmió Esmeralda en su celda entregada á la esperanza de sueños dulces; dormia ya largó rato, soñando, como siempre, con Febo, cuando le pareció que oía ruido cerca de ella: tenia el sueño ligero é inquieto, sueño de pájaro. El menor ruido la despertaba. Abrió los ojos y, aunque la noche estaba oscura, vió en la ventana un rostro que la miraba, porque una lámpara alumbraba esta aparición: en el momento que ésta advirtió que Esmeralda le miraba, aquel rostro dió un soplo á la luz, pero tuvo tiempo la gitana para entreverle y sus párpados se cerraron con espanto.

—Ay! exclamó con terror; ¡el sacerdote!

Sus pasadas desgracias acudieron á su imaginación con la velocidad del relámpago y cayó en el lecho fria, helada.

Un momento despues sintió que la tocaban, lo que la hizo estremecer de tal modo, que furiosa se incorporó sobre la cama. El se habia deslizado junto á ella y la ceñia con entrambos brazos. Esmeralda quiso gritar y no pudo.

—Vete, monstruo! vete, asesino! exclamó al fin con voz trémula y sorda y llena de cólera y de espanto.

—Ten piedad! Ten compasión de mí! murmuró el sacerdote.

Ella le cogió por los escasos cabellos que le quedaban en la cabeza con las dos manos y se esforzó por esquivar sus besos, como si fuesen mordeduras.

—¡Si conocieses la fuerza del amor que por tí siento! ¡Este amor es fuego y plomo derretido!

El arcediano sujetó los brazos de la jóven con una fuerza sobrehumana, y ella gritó desesperada:

—Suéltame, ó te escupo á la cara!

El la soltó.

—Pégame, enviléceme, haz lo que quieras de mí, pero ¡tenme compasión y ámame!

Entonces la gitana le pegó con el furor de un niño, diciéndole:

—Vete, demonio!

—Amame! ámame! exclamaba el insensato, respondiendo á sus golpes con caricias.

De pronto se sintió más fuerte que ella y dijo, rechinando los dientes:

—Es preciso acabar!

Estaba ya la gitana subyugada, palpitante y rendida de cansancio.

Hizo el postrer esfuerzo y empezó á gritar:

—Socorro! socorro! A mí!...

Pero nadie acudia: solo se despertó Djali, que balaba con angustia.

—Cállate! decia el clérigo sin aliento.

De repente, al forcejear y al arrastrarse por el suelo, tropezó la gitana con un objeto frio y metálico: era el silbato de Quasimodo. Cogióle como á su última esperanza, se lo acercó á los labios y silbó con toda la fuerza que la quedaba. El silbato produjo un sonido claro, agudo y penetrante.

—Qué es eso? la preguntó el sacerdote.

Casi en el mismo instante sintió éste que unos brazos vigorosos le levantaron en alto. Como la celda estaba oscura, no pudo conocer al que así se apoderó de él;